

LA CIUDAD Y EL *PROGRESO*

La construcción de la modernidad urbana

MANUEL MONTERO (ED.)



MANUEL MONTERO
(ed.)

LA CIUDAD Y EL PROGRESO
*La construcción
de la modernidad urbana*

GRANADA, 2019

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Fotografía de portada:

Reproducción de un proyecto de estación del ferrocarril del Norte, Bilbao (Junta de Obras del Puerto de Bilbao, 1924).

Diseño de cubierta:
Natalia Arnedo

© Los autores

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: libriacomares@comares.com
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>
<https://www.instagram.com/editorialcomares/>

ISBN: 978-84-9045-925-6 • Depósito Legal: Gr. 1664/2019

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	IX
I. LA CIUDAD BURGUESA	IX
II. LA CIUDAD Y EL PROGRESO	XI
III. FRAGMENTACIÓN E IDENTIDAD URBANA	XIII
IV. INVESTIGACIONES SOBRE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA	XVI

PRIMERA PARTE

COMPORTAMIENTOS DEMOGRÁFICOS

Cap. I.—LA DIVERSIDAD DE LOS MODELOS MIGRATORIOS. UN ANÁLISIS DESDE LAS REGIONES Y COMARCAS: ESPAÑA, 1860-1970.	3
I. MODERNIDAD/MODERNIZACIÓN: CONCEPTOS, GEOGRAFÍAS Y CALENDARIOS.	3
II. HACIA UN SISTEMA ARTICULADO DE REDES MIGRATORIAS: INTEGRACIÓN Y DESIGUALDADES. UNA PRIMERA LECTURA DE ALCANCE SECULAR (1860-1970)	6
1. La trama articulada de las desigualdades entre las Comunidades Autónomas	7
2. Análisis diferenciado de los modelos modernizadores según el signo de sus saldos migratorios	9
A. <i>Comunidades con elevados saldos migratorios positivos</i>	9
B. <i>Comunidades con saldos migratorios negativos</i>	10
a. <i>Movimientos hacia otras Comunidades: la «larga distancia»</i>	11
b. <i>Movimientos interiores («corta y media distancia»): el papel de las capitales de provincia</i>	15
III. LOS DESEQUILIBRIOS REGIONALES DESDE UNA LECTURA DIACRÓNICA: ETAPAS.	17
1. El primer impulso, 1860-1930: desde una dualidad matizada de espacios.	18
2. Macrocefalia de Madrid y reforzamiento de Canarias en un periodo de crisis y estancamiento, 1930-1950	21
3. El gran cambio, 1950-1970: articulación de redes e integración de espacios.	23
IV. A MODO DE CONCLUSIÓN	27

Cap. II.—REPOSITORIO GENEALÓGICO. UN ENFOQUE MICROANALÍTICO	
DEL ESPACIO URBANO	29
I. INTRODUCCIÓN	29
II. FUENTES Y METODOLOGÍA	30
1. Róis de confessados (status animarum)	30
2. Lista da Décima	31
III. LA CIUDAD DE GUIMARÃES.	32
IV. GUIMARÃES EN 1822 – LOS NÚMEROS.	33
V. LA ESTRUCTURA DE LOS NÚCLEOS DOMÉSTICOS	36
VI. EL ESPACIO URBANO	39
1. Peineros	43
2. Orfebres	43
3. Zapateros	44
4. Privilegiados (nobleza y clero)	44
VII. NOTAS FINALES.	45
VIII. ANEXOS	46

SEGUNDA PARTE
INFRAESTRUCTURAS DE LA MODERNIDAD

Cap. III.—ESPAÑA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA RED GLOBAL	
DE COMUNICACIONES, 1855-1936	51
I. LA TELEGRAFÍA ELÉCTRICA Y LA CREACIÓN DE LA RED MUNDIAL DE COMUNICACIONES.	53
II. LA AVENTURA DE LOS CABLES SUBMARINOS.	55
III. LA TELEGRAFÍA ELÉCTRICA EN ESPAÑA.	58
IV. ESPAÑA Y LA TELEGRAFÍA SUBMARINA	61
V. DE LA RED RADIAL A LA RED POLIGONAL TELEGRÁFICA, 1900-1936	63
VI. LA TELEGRAFÍA SIN HILOS.	67
VII. LA TELEGRAFÍA SIN HILOS EN ESPAÑA	69
VIII. EL FERROCARRIL, LOS RAILES DE LA MODERNIDAD	71
IX. LA CIRCULACIÓN DE LA INFORMACIÓN. EL SISTEMA DE CORREOS Y TELÉGRAFOS. LA RED POSTAL Y LA SOCIALIZACIÓN DE LA INFORMACIÓN.	73
X. LA NAVEGACIÓN Y SU PAPEL EN LA RED DE COMUNICACIONES ESPAÑOLA	74
XI. LA ELECTRICIDAD, LA ENERGÍA DE LA MODERNIDAD	75
XII. REDES Y FLUJOS IMPULSORES DE LA MODERNIDAD	78
Cap. IV.—SANEAR LA CIUDAD. LA GESTIÓN DE LOS RESIDUOS URBANOS	
EN BILBAO (1875-1930)	81
I. INTRODUCCIÓN	81
II. DE LOS MODOS TRADICIONALES DE EVACUACIÓN DE LOS RESIDUOS LÍQUIDOS AL SANEAMIENTO DE BILBAO.	82
III. LAS BASURAS URBANAS, UN PROBLEMA DE CANTIDAD Y CALIDAD	95
Cap. V.—ESE ALUMBRADO QUE TORNA DE LA NOCHE DÍA. EL SERVICIO PÚBLICO	
DE ALUMBRADO EN MADRID, 1832-1936	105
I. LA COMPLICADA INTRODUCCIÓN DEL ALUMBRADO DE GAS EN MADRID.	106
II. EL ALUMBRADO MIXTO POR GAS Y ELECTRICIDAD.	109
III. LA CRISIS DEL ALUMBRADO PÚBLICO EN MADRID.	113
IV. EXTENSIÓN Y COSTE DEL ALUMBRADO PÚBLICO DE MADRID	117
V. CONCLUSIONES.	122

Cap. VI.—VIVIR EN PROPIEDAD. BILBAO Y EL INICIO DE LA PROPIEDAD	
HORIZONTAL (1920-1936)	125
I. LA LENTA TRANSFORMACIÓN DEL MERCADO INMOBILIARIO.	125
II. BILBAO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD INDUSTRIAL.	126
1. La definición del espacio y del negocio urbano.	126
2. La promoción inmobiliaria: casas de vecindad en alquiler	127
3. La defensa de la propiedad urbana frente a al alquiler	129
III. RESPUESTAS A LA CRISIS DE LA VIVIENDA	130
1. La congelación de los arrendamientos urbanos.	130
IV. EL FOMENTO DE LA PROPIEDAD DE LA CASA	133
V. EL DESARROLLO DE LA PROPIEDAD HORIZONTAL DE LA VIVIENDA	134
1. Los primeros ejemplos de propiedad horizontal.	134
2. Los problemas ocasionados por la propiedad horizontal.	137
VI. HACIA UNA CIUDAD DE PROPIETARIOS	140

TERCERA PARTE

POLÍTICA Y SOCIEDAD EN LA RENOVACIÓN URBANA

Cap. VII.—LA POLÍTICA DESDE LOS MÁRGENES. HETEROTOPÍAS URBANAS Y CULTURAS POLÍTICAS EN EL MADRID MODERNO, 1860-1936.	145
I. INTRODUCCIÓN	145
II. LA HEREROTOPIA POLÍTICA EN LOS LÍMITES DE LA CIUDAD LIBERAL	148
III. EL ARRABAL DE CHAMBERÍ Y EL SUBURBIO DE CUATRO CAMINOS. LA LUCHA POR LA CIUDAD FUERA DE LA CIUDAD	154
IV. CONCLUSIONES.	163
Cap. VIII.—UNA CIUDAD EN TRANSFORMACIÓN. ESPACIOS SOCIALES Y NUEVOS COMPORTAMIENTOS POLÍTICOS EN BILBAO (1900-1920).	165
I. INTRODUCCIÓN	165
II. LA CIUDAD Y SUS ÁREAS SOCIALES	168
1. Espacio y sociedad hacia 1920	170
III. HACIA LA AMPLIACIÓN DE LOS SUFRAGIOS ACTIVO Y PASIVO Y EL PLURALISMO POLÍTICO	176
1. Nuevos electores y elegibles en las elecciones de concejales	177
2. El ayuntamiento de las minorías políticas	180
IV. LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1920 EN BILBAO	182
1. Resultados electorales: un Bilbao diverso	182
2. Aproximación a una sociología electoral.	187
V. CONCLUSIONES.	189
Cap. IX.—ASOCIACIONES Y SOCIABILIDAD URBANA EN LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD DE MASAS. BILBAO 1890-1936.	191
I. LA SOCIABILIDAD BILBAÍNA A FINES DEL SIGLO XIX.	193
II. EL DESARROLLO ASOCIATIVO DE BILBAO DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL XX	198
III. LOS TIPOS DE ASOCIACIONES.	205
1. Organizaciones políticas y sindicales	206
2. Las agrupaciones regionales	206
3. Las asociaciones religiosas	207
4. Asociacionismo cultural.	207

5. Asociaciones profesionales	208
6. Asociaciones deportivas.	208
IV. LA SOCIALIBIDAD BILBAÍNA DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	209
Cap. X.—LOS OJOS TRAS LA TANGUISTA. RUPTURAS Y MUTACIONES EN LOS BAJOS FONDOS MADRILEÑOS DEL PRIMER TERCIO DEL S. XX	211
I. BAJOS FONDOS DE ENTREGUERRAS: RUPTURA EN LOS LUGARES E INDEFINICIÓN ESPACIAL.	216
II. LA TANGUISTA EN EL JUEGO DE ESPEJOS DE LA NOCTURNIDAD GOLFA	220
Cap. XI.—LA INFLUENCIA DE LA ACCIÓN MUNICIPAL SOCIALISTA EN LAS ELECCIONES GENERALES DE MADRID DURANTE LA CRISIS FINAL DE LA RESTAURACIÓN	231
I. INTRODUCCIÓN	231
II. LA ACCIÓN POLÍTICA MUNICIPAL Y SU RELEVANCIA EN LAS ELECCIONES NACIONALES A TRAVÉS DE UN ESTUDIO DE CASO: LOS COMICIOS LEGISLATIVOS DE ABRIL DE 1923	234
III. CONCLUSIONES.	249

INTRODUCCIÓN
LA DINÁMICA DE LA MODERNIZACIÓN URBANA.
IMÁGENES, RASGOS Y PROBLEMAS*

Manuel Montero (ed.)
UPV-EHU

La formación y la progresiva propagación del mundo urbano están entre los fenómenos que mejor caracterizan la modernización que acompañó al proceso de desarrollo industrial. La ciudad se convirtió en el poblamiento de referencia para la sociedad de masas, el que presentaba la mayor capacidad de crecer y el que se convertía en un símbolo de los cambios sociales, técnicos y económicos. A comienzos del XX, a algunas ciudades industriales se las identificaba con una actividad incesante, una algarabía que expresaba poder y vitalidad.

«La muchedumbre [...], cual enjambre febril, bulle, vocea, discurre y zumba en la Bolsa y sobre la bolsa, en el Boulevard y por el puente del Arenal, que conduce al decantado ensanche... [...] Solo vislumbramos una tupida malla de hilos telegráficos, alambres telefónicos y cables mil eléctricos...»¹.

La imagen es de Bilbao cuando el arranque industrial, cabeza del desarrollo minero y fabril de Vizcaya. Transmite bien la imagen que de sí tuvieron las ciudades que hacia 1900 se sentían prósperas.

I. LA CIUDAD BURGUESA

Era la ciudad burguesa, con su peculiar orgullo, transformación del tradicional pero que puede considerarse recién creado, pues ha incorporado conceptos novedosos, alrededor de la idea del progreso económico y de las innovaciones técnicas. Empresarios, financieros o comerciantes, lo que genéricamente conocemos como burguesía, constituyeron el ámbito social que encabezaba el mundo urbano nacido a impulsos de la industrialización, pero era sólo una parte de él. Estaban los empleados, los obreros,

* Este trabajo ha contado con la financiación del proyecto HAR2016-76759-P «La definición de la sociedad de masas. Bilbao, un engranaje urbano, 1910-1936»(AEI/FEDER, UE), y de grupos de investigación de la UPV-EHU (GIU18/144).

¹ ARRIAGA, Emiliano de, *Revoladas*, (Bilbao: Antigua Imprenta Aldama, 1920), p. 33.

quienes formaron el aluvión de gente que llegaba a ejercer los más diversos oficios o a engrosar las filas de los desempleados a la busca del trabajo. El proceso venía de atrás, pero en España se aceleró en el primer tercio del XX. Entre 1900 y 1930 las ciudades de más de 100.000 habitantes pasaron de agrupar el 9% de la población al 15%: seguía siendo una pequeña parte de la población, pero era la más dinámica. Madrid y Bilbao crecieron de forma espectacular: aproximadamente duplicaron su población entre 1900 y 1935. Madrid pasó de 540.000 habitantes a 1.020.000. Bilbao arrancó el siglo con 82.000 y en vísperas de la guerra civil llegó a 169.000. En el periodo la población española creció globalmente un 34%: de 18,6 millones en 1900 a 25 en 1935.

Unamuno transmite en 1891 la imagen de la sociedad burguesa y boyante, una vida ciudadana volcada en la especulación, en la esperanza del enriquecimiento, en la fe urbana. «Por las calles que desembocan al Boulevard, arterias de la Villa, vienen y van corredores y correteadores, como abejas en estío entran y salen de la colmena. Van y vienen, hacer que hacemos»². Bilbao era aún una población de pequeñas dimensiones, donde lo fundamental ocurría en un espacio público muy reducido, pero quedaba asociada a los parámetros que en la época sellaban el poder económico.

«El crecimiento de un pueblo se señala muy particularmente por el aumento del vecindario. Cuando esto sucede es una prueba evidente de que el pueblo prospera». La sentencia sobre el desarrollo bilbaíno a la altura de 1860 no era muy sofisticada, pero reflejaba la confianza urbana cuando arrancaba expansión. «Entonces ese pueblo nada necesita, sino dejar que por sí mismo se conduzca, sin oponer barreras, á su marcha progresiva»³. La población burguesa creía sobre todo en el progreso.

La ciudad se convirtió en el señuelo de la prosperidad. También en el sueño de miles de personas, que asociaron su futuro vital con las nuevas concentraciones de población.

La ciudad no es neutral. Acoge a todos pero no los trata por igual.

La ciudad de la modernización acoge a las aristocracias, a los nuevos burgueses, a los empleados de las oficinas, a los obreros de las fábricas, a los menesterosos (pues también los hay en los tiempos y espacios de las prosperidades tecnológicas), a los niños bien y a los de incluso, a los contratistas que se enriquecen con la especulación inmobiliaria, a los artistas de los teatros, a los subempleados, a los espectadores de los partidos de fútbol...

La ciudad los acoge a todos, los entremezcla, les confiere una suerte de anonimato urbano, pero no los trata por igual. Cada uno tendrá su sitio en la peculiar y a veces rígida parcelación social del espacio urbano que se estrenó en el siglo XIX.

«Estos últimos años hemos emprendido grandes trabajos, destinados todos al engrandecimiento de nuestro país: pero muy principalmente al de nuestro pueblo. Estos trabajos no pueden llevarse a cabo sin el concurso de gente pobre». ¿La riqueza exige la pobreza?

² UNAMUNO, Miguel de: *De mi país. Descripciones, relatos y artículos de costumbres*, (Madrid: Librería de Fernando Fe, 1903), p. 73.

³ «Los pueblos todos tienen», *Euscalduna*, 6 de marzo de 1860.

La moralidad burguesa compensaría tal planteamiento con el discurso que hablaba de la expansión social, de la ayuda a los obreros. Al menos, a los buenos obreros, no a los que, según creían, dilapidaban su salario. «En Bilbao las clases acomodadas, laboriosas todas, tratan a los hijos del trabajo con cariño y nunca les abandonan [...] A la vez estos no se muestran ingratos; además son honrados»⁴. Tal imaginario de la concordia urbana quedaría como una suerte de fantasía, pero reflejaba una mentalidad burguesa.

La ciudad contemporánea se convierte en el escenario de las nuevas tensiones sociales. A veces, en el campo de batalla. Literalmente. De algunos relatos históricos podría sacarse la misma conclusión que los bilbaínos de mediados del siglo XIX, la idea de que el crecimiento de las sociedades urbanas, y estas mismas, se autorregulan, que sus lógicas internas derivan necesariamente en apuestas colectivas por la convivencia. Y, si bien no cabe imaginar una ciudad contemporánea con enfrentamientos permanentes, en los que los miedos y las agresiones perturben la vida cotidiana un día y otro también, al modo de una guerra —¿pero hubo alguna ciudad que no conociese nunca tensiones de este tipo, salvo las nuevas urbanizaciones diseñadas para el aislamiento social?—, el orden urbano, que evoluciona con las épocas, es el resultado de las cambiantes relaciones sociales. No de una presunta ley histórica que oriente el crecimiento de la ciudad. Influyen los valores culturales, las conveniencias, qué diferencias sociales hay y cómo se escenifican, las posibilidades económicas o incluso las inquietudes arquitectónicas.

¿Tal orden es el resultado de un consenso social? Mejor, de un equilibrio de fuerzas. Cambiante. Por eso, también, siempre, una solución transitoria, pues todo cambiará según cómo vayan las fuerzas de cada cual. Una ciudad no está hecha de una vez para siempre, por mucho que sus habitantes, si no son recién llegados, le atribuyan una especie de permanencia intemporal. Siempre ha sido así, dicen, y no recuerdan que en su infancia vieron llegar el primer vapor, estrenaron después el teléfono, se extasiaron con el cine sonoro, vieron cómo desaparecía soterrada la maraña de cables eléctricos que surcaban los cielos las calles, por no evocar la llegada del tranvía o la de los autobuses para las comunicaciones urbanas. ¿Siempre ha sido así? Pronto las novedades se sienten como de toda la vida: la ciudad tiene una extraordinaria capacidad de integrar nuevas experiencias, de hacerlas suyas, de identificarse con la modernidad.

II. LA CIUDAD Y EL PROGRESO

La ciudad moderna se siente la encarnación del progreso. Todas las ciudades. Y tienen su interpretación. «El lugar donde se alza la gran ciudad no es sólo lugar de grandes muelles, diques, fábricas, depósitos de granos [...] Ni el lugar de los edificios más altos y costosos, o las tiendas que venden artículos de todo el mundo», pues implica también características morales y sociales que el poeta identifica con el perfeccionamiento

⁴ «Carta al director. Regino de Basterrechea», *Irurac bat*, 25 de diciembre de 1869

humano. «Donde la ecuanimidad se muestra con los hechos [...] Donde el ciudadano es siempre la cumbre y el ideal [...] Allí se alza la gran ciudad»⁵. La vida urbana se convertía en objeto literario. El mundo rural seguiría siendo motivo de idealizaciones románticas, pero habrían pasado los tiempos del menosprecio de la corte y la alabanza de la aldea. Las relaciones urbanas, la vida de la ciudad, motivarían reflexiones específicas y sus propias formas expresivas. Está la gran ciudad, escribe Walt Whitman, «donde las mujeres van en procesiones públicas por las calles, igual que los hombres».

El mundo urbano no nació con la modernidad. Es muy anterior. De hecho, las concentraciones humanas marcaron el comienzo de la civilización y las encontramos a lo largo de los tiempos. En la Antigüedad, en el Medievo, en la Edad Moderna... «Lo urbano es ante todo una realidad cambiante que parece haber sufrido modificaciones a lo largo de la Historia y, sobre todo, a partir de la Revolución industrial»; la «definición de lo urbano»⁶ sobrepasa lo geográfico y alude a una construcción social, confirma Horacio Capell. El mundo urbano no es sólo una determinada concentración humana. «Un asentamiento conjunto no constituye una ciudad, a menos que los habitantes de la zona edificada sean ciudadanos [...] Lo esencial es que los habitantes de la ciudad constituyan, de hecho, una verdadera comunidad»⁷. No existe ciudad sin ciudadanos y sin una vida social corporativa.

En cada época, las ciudades han presentado sus propias fisonomías, por mucho que algunas se sucedan a sí mismas y recuerden cuándo levantaron las murallas, por qué le hicieron, y la época en que las que derribaron, pues ya no tenían utilidad y constreñían la marcha de la población, de pronto necesitada de crecer sin barreras. Todas las épocas han tenido sus ciudades, algunas de ellas bien reconocibles en su momento de esplendor. Y, sin embargo, es en el periodo contemporáneo cuando tienden a convertirse en el poblamiento representativo y hegemónico, el que aumenta siempre su presencia, se reproduce en todos los continentes y amenaza con terminar con los demás modelos, en un proceso que se diría irreversible.

A veces pasa. Al habitante de la ciudad le disgusta la población masificada, anónima, industrial, posindustrial, abigarrada, y decide volver al campo, de donde salieron quizás sus abuelos. Por lo común su retorno no es tal sino viaje a una ruralidad urbanizada, con los estándares educativos, sanitarios, de comunicaciones y vitales que antes se asociaban exclusivamente con la ciudad: también en esto se propagan las concepciones urbanas, invaden los entornos rurales.

Las ciudades se sienten singulares, sin parangón, con sólida personalidad, bien diferenciada entre sí y, sin embargo, la ciudad contemporánea se ajusta a determinados parámetros

⁵ WHITMAN, Walt, «Canto del Hacha».

⁶ CAPEL, Horacio, «La definición de lo urbano», *Estudios Geográficos*, n.º 138-189, febrero-mayo de 1975, pp. 265-301.

⁷ TOYNBEE, Arnold J., *Ciudades de destino (de Atenas a Nueva York)*, (Madrid: Ed. Biblioteca de Historia, Sarpe, 1985), p. 32.

que las igualan. Tiene rasgos propios pero compartidos, problemáticas y soluciones comunes, las asociadas al crecimiento, la división entre el centro y la periferia, la aparición de barrios, el hacinamiento, el deterioro medioambiental que acompañaría a la industrialización.

«Era una ciudad de ladrillo rojo, es decir, de ladrillo que habría sido rojo si el humo y la ceniza se lo hubiesen consentido; como no era así, la ciudad tenía un extraño color rojinegro, parecido al que usan los salvajes para embadurnarse la cara. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas»⁸. La ciudad que describe Dickens es reconocible en otras que han crecido al calor de la industrialización.

Las ciudades contemporáneas comparten los problemas (y beneficios) del transporte interno, el afán de planificar su desarrollo (no siempre conseguido), el surgimiento de grupos diversos, la aparición de barriadas que segmentan, las periferias donde a veces se entremezclan campo y ciudad e instalan viviendas precarias... Pese a la diversidad de poblamientos todas pueden reconocerse en el modelo imaginario, a veces poético. «Las calles de Buenos Aires/ ya son mi entraña./ No las ávidas calles,/ incómodas de turba y ajeteo,/ sino las calles desganadas del barrio,/ casi invisibles de habituales,/ enternecidas de penumbra y de ocaso/ y aquellas más afuera»⁹. Lo encontramos en Europa, en el Asia urbanizada, en América, las distancias sociales, el distinto clima vital de los centros y de las periferias, el lugar donde se difumina la ciudad. La expresión «los pueblos y los barrios» se convirtió con el tiempo en una frase hecha, que suele usarse hoy con frecuencia. La expresión quiere equiparar, en ella los barrios son la expresión urbana del pueblo¹⁰: tiene el interés de que pretende la descomposición de la ciudad en sus partes, la ciudad sin su carácter de unidad orgánica, sustituida por ámbitos de convivencia vecinales de carácter grupal. No es una descripción objetiva sino interesada, ideologizada, la añoranza por un mundo preurbano sujeto a pulsiones colectivas que eliminen el anonimato urbano. La ciudad son también los barrios, pero estos se integran en la ciudad. El mundo urbano, la sociedad de masas, diluye las personalidades individuales, pero no exige identidades rígidas, cabe jugar distintos papeles sociales. Perderse entre las calles.

III. FRAGMENTACIÓN E IDENTIDAD URBANA

El mundo burgués suele ocupar el centro de la ciudad o las áreas residenciales alejadas del ajeteo cotidiano, buscando algún aislamiento respecto a la mezcla social. No obstante, todo forma parte del imaginario urbano e incluso la barriada suele ser idealizada... sobre todo si pasa por el tamiz de la creación literaria. «A veces es más bonito ver y oír cantar a los niños de los arrabales o a las lavanderas en el río [...] que recorrer uno a uno sus monumentos [...] Casi siempre es mejor oír al limpiabotas que

⁸ DICKENS, Charles, *Tiempos difíciles*, (Madrid: Alianza Editorial, 2010), p. 13.

⁹ BORGES, José Luis, «Las calles», *Fervor de Buenos Aires*, (Buenos Aires: 1923).

¹⁰ MONTERO, Manuel, *Voces vascas* (Madrid: ed. Tecnos, 2014), p. 58.

al archivero»¹¹. Tal evocación bilbaína de la vitalidad cotidiana frente al relato abstracto del que interpreta los documentos, refleja bien el imaginario urbano del periodo de la modernización, cuando se imponía la algarabía social, pero la imagen lírica de las barriadas suena a recreación algo forzada. «A veces es más bonito...» Sólo a veces, al margen de que los arrabales con la música ambiental del cántico infantil constituya una imagen estilizada no necesariamente basada en un conocimiento exhaustivo de la periferia.

Y está también la necesidad de abastecer a una población que crece y cuyos hábitos de consumo cambian, la de eliminar los residuos, la de educar y crear sistemas de enseñanza en el propio sentido del término, la aparición de asociaciones de carácter socio-político o formada por afinidades diversas, la gestión del esparcimiento...

Las ciudades son distintas entre sí y creen en su personalidad urbana bien diferenciada, pero todas comparten expectativas, esperanzas y fracasos. La modernidad homogeniza las sociedades. La posmodernidad no digamos. Cambia el país, y hasta el continente, pero los nombres, productos y anuncios son iguales, también los centros comerciales. No parecidos sino los mismos. Y, siglo y medio antes, las ciudades que se modernizaban vieron aparecer los escaparates, conocieron similares conceptos mercantiles, compartieron también los olores de los combustibles, los entusiasmos deportivos y los establecimientos para dar albergue a los necesitados. ¿Globalización o mimetismo? El desenvolvimiento de las ciudades no se ajustó a un modelo uniforme pero las problemáticas y soluciones no fueron muy distintas.

Forma parte del nuevo mundo urbano la existencia de multitud de redes, muchas de ellas electivas, otras formadas en función de las posiciones socioeconómicas. En conjunto, componen un ámbito eminentemente dinámico. Por eso, estudiar el desarrollo de la ciudad contemporánea no puede limitarse a la recuperación de estadísticas que calcule el número de pobladores, su sexo, su esperanza de vida, los costes de las infraestructuras urbanas, las capacidades de los mercados y su evolución. Tales contabilidades y tales variables resultan imprescindibles, pues la ocupación del espacio y su ordenamiento implican el despliegue de medios y el desarrollo de determinadas funciones concebidas en función de unos desarrollos demográficos concretos. Ahora bien, para comprender la modernización urbana resulta necesario también abordar elementos cualitativos, que detecten los nuevos comportamientos, su lógica interna y su evolución.

La ciudad contemporánea implica el asentamiento de unas mentalidades urbanas específicas, diversas y a veces enfrentadas aunque no independientes entre sí. Su interrelación, y eventualmente enfrentamientos, condicionan la evolución del mundo urbano, que no es un producto mecánico de inversiones, planificaciones e impulsos demográficos. La manera en que se entiende la ciudad y los soportes sociales que sostienen a los distintos imaginarios constituyen la base de las tensiones cuyo desenvolvimiento

¹¹ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, «Libros de ciudades», *Prensa bilbaína*, 25 de marzo de 1922.

contribuye a gestar en cada momento la ciudad. Las opciones fueron varias y a veces se sucedieron de forma acumulativa: una ciudad para una élite, una periferia suburbial marginada, la población de las clases medias, la planificación de los ámbitos burgueses y el crecimiento descontrolado de los barrios, una ciudad integrada o bien una ciudad fragmentada en distintos ámbitos poblacionales.

Con todo, y pese a las discrepancias y las tensiones, puede percibirse con frecuencia la emergencia de una identidad urbana específica, la identificación de sus habitantes con su mundo urbano. En el proceso de modernización urbana suele surgir la creencia una personalidad propia, con su carácter privativo, construyéndose una especie de idiosincrasia particular sobre la que reposa toda una construcción social.

«La ciudad proyecta sobre el terreno una sociedad, una totalidad social o una sociedad considerada como totalidad, comprendida su cultura, instituciones, ética, valores, en resumen sus infraestructuras, incluyendo su base económica y las relaciones sociales que constituyen su estructura propiamente dicha»¹².

Tal personalidad imaginaria propicia la adhesión a la ciudad de los grupos e individuos que la habitan. La identificación urbana suele ser primaria e inmediata. Parte de una personalidad urbana que se afirma como tal, al albur de los acontecimientos locales, destacando actitudes, posturas y costumbres a los que colectivamente se les otorga alguna importancia al definir la vida cotidiana.

A determinadas costumbres y ritos urbanos a veces se les atribuye carácter esencial y larga tradición, incluso secular, al margen de que a veces hayan nacido en la generación que los venera. Proporcionan una identidad, afirman la personalidad de la ciudad y de sus grupos urbanos. También tienen la función de justificar las reglas que rigen su comportamiento. No surge al azar ni es una creación anecdótica, sin importancia más allá del localismo. «La ideología urbana tiene profundas raíces sociales. No se limita a la tradición académica o a los medios del urbanismo oficial. Está, ante todo, en la cabeza de la gente»¹³. Pese al carácter primario e inmediato que tiene la ciudad como ámbito de identificación tales imaginarios presentan una sorprendente persistencia, capaz de integrar elementos deportivos, culturales, lúdicos o políticos.

El desarrollo del mundo urbano contemporáneo resulta por tanto muy complejo. Lo resumió bien Italo Calvino «Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos»¹⁴. Las ciudades ocupan un lugar central en la evolución social y desentrañarlas e interpretar sus códigos requiere aproximaciones desde distintas perspectivas.

¹² LEFÉBVRE, Henri, *De lo rural a lo urbano*, (Barcelona: ed. Península, 1971), p. 140.

¹³ CASTELLS, Manuel, *La cuestión urbana*, (Madrid: Siglo XXI, 1979), p. 107.

¹⁴ CALVINO, Italo, *Las ciudades invisibles*, (Madrid: Ediciones Siruela, 1998), p. 13.

Este libro reúne algunas investigaciones que se aproximan a fenómenos claves de la construcción de la ciudad contemporánea. Tienen como referencia determinadas ciudades y ámbitos sociales concretos, pero estudian procesos que fueron frecuentes en el desarrollo urbano. Abarcan aspectos demográficos, higienistas, organizativos, sociales y políticos, porque todos ellos forman parte de este proceso de modernización.

IV. INVESTIGACIONES SOBRE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

La ciudad que se moderniza lo hace a partir de determinados comportamientos demográficos.

El desarrollo urbano contemporáneo fue en gran medida producto de procesos migratorios, que en todo caso incentivó. En España consistió fundamentalmente en la marcha de población rural a las ciudades. Fue un proceso secular, de gran continuidad, estudiado aquí por Manuel González Portilla, Josu Hernando Pérez y José Urrutikoetxea Lizarraga. Permite comprobar la importancia que alcanza en España el fenómeno urbano, su ubicación geográfica y los ritmos que siguió la expansión de las ciudades. Muestra también los desequilibrios regionales que siguen gravitando sobre la realidad española.

Las distintas ciudades presentan diferentes dinámicas en su desarrollo. El estudio de Antero Ferreira sobre Guimarães a comienzos del periodo contemporáneo analiza el la ocupación espacial y la composición social de esta ciudad portuguesa. El desequilibrio demográfico a favor de las mujeres, la parcelación social de la ciudad y la gran movilidad que presenta, constituyen los rasgos básicos de una dinámica urbana específica.

Las infraestructuras de la modernidad son de muy diverso tipo: comunicaciones, equipamientos, la forma en que se construyen las viviendas...

Un componente decisivo de la modernización urbana fue la incorporación de las ciudades a redes de comunicación de diverso tipo y gran amplitud: las que sirvieron para los viajeros y las mercancías y las que permitieron la circulación de la información, tales las redes postal, telegráfica y telefónica. Luis Enrique Otero Carvajal estudia cómo se produjo en España este proceso que cambió las condiciones sobre las que se construyó la sociedad de masas.

Pedro Novo López aborda una cuestión crucial, que no siempre ocupa el lugar destacado en los análisis del desarrollo urbano: la gestión de los residuos. Estudia cómo a finales del siglo XIX y primer tercio del XX se llevó a cabo en Bilbao, una ciudad industrial que experimentó un rápido crecimiento durante esta época y cuya evolución conjugó concepciones higienistas, posibilidades económicas y decisiones políticas.

El alumbrado público fue uno de los servicios urbanos que antes se desarrollaron y que jugó un decisivo papel en el imaginario con que se identificaba a la ciudad. La peligrosidad venía asociados a la oscuridad, por lo que la iluminación nocturna fue un elemento representativo de la modernización urbana. Mercedes Fernández-Paradas y Nuria Rodríguez-Martín analizan su evolución en Madrid entre 1832 y 1936, periodo en el que la gran urbe recurrió a la luz de aceite, petróleo, gas y eléctrica.

El espacio urbano de la ciudad se integró en el ámbito de las transacciones económicas. Francisco Javier Muñoz Hernández analiza el mercado inmobiliario de Bilbao entre 1920 y 1936. ¿Quién gestionó el suelo, cómo lo hizo? Tiene particular interés la cuestión, pues en estos años la población comenzó a convertirse en una ciudad de propietarios, en detrimento del arrendamiento, con los cambios que esto conllevó: endeudamiento para la compra de la vivienda, nuevos valores vinculados a un hogar que se siente estable...

La modernidad urbana no se mide sólo en términos económicos y materiales. La forman también los comportamientos, las mentalidades y las actitudes políticas, características de la ciudad contemporánea.

Carlos Hernández Quero y Rubén Pallol Trigueros estudian las culturas políticas que se gestaron en dos barrios periféricos de Madrid entre 1860 y 1936. ¿Qué posturas adoptaron ante los principales proyectos de ensanche urbanístico? No es una cuestión secundaria, pues nos aproxima la compleja relación que se estableció entre el urbanismo y la vida cotidiana. No sólo contaron las planificaciones, también tuvieron importancia las presiones vecinales. El orden urbanístico fue fruto de tensiones de diverso tipo.

La ciudad, un ámbito de convivencia, tiene sus expresiones políticas. José María Beascoechea y Susana Serrano analizan las transformaciones electorales que se produjeron en Bilbao durante las dos primeras décadas del XX, relacionándolas con los distintos espacios urbanos. La segregación espacial fue el telón de fondo del pluralismo político que arraigó en este ámbito urbano, donde las fuerzas nacionalistas y socialistas adquirieron peso creciente frente a las monárquicas y tradicionalistas.

Hubo también una dinámica social específica de la ciudad. El capítulo dedicado a las asociaciones y la sociabilidad urbana en Bilbao entre 1890 y 1936 estudia este componente clave en la formación de sociedad de masas. La aparición de un denso tejido asociativo fue un fenómeno característico la ciudad contemporánea, con agrupaciones de todo tipo —sociales, políticas, lúdicas, religiosas, culturales, profesionales, etc.—. El modelo asociativo de las clases medias urbanas influyó en otros ámbitos sociales.

En la ciudad contemporánea surgieron espacios sociales muy variados, así como distintas formas de vida y expresiones culturales. Existieron los bajos fondos y ocuparon un lugar destacado, formando una suerte de sociedad propia, con un lugar relevante en los imaginarios. Fernando Vicente Albarrán y Cristina de Pedro Álvarez estudian cómo evolucionó en Madrid este ámbito físico y cultural, cuyas representaciones sociales quedan vinculadas al ocio y a formas de vida diferenciadas.

Al crecimiento urbano de varias ciudades españolas durante primer tercio del XX acompañó la implantación política de planteamientos de izquierdas. Santiago de Miguel Salanova estudia qué influencia electoral tuvo la acción municipal de los socialistas en Madrid. La investigación tiene en cuenta los cambios que experimentó el movimiento socialista, tanto su moderación relativa como la construcción de un discurso local.

Los aspectos estudiados en este libro no completan las cuestiones claves del desarrollo urbano, pero constituyen una buena muestra de la complejidad de la ciudad contemporánea y de la sociedad de masas en las que se insertó.

La formación y crecimiento del mundo urbano caracterizaron históricamente al proceso de modernización. La ciudad se identificó con el progreso y simbolizó cambios de diverso tipo, fuesen sociales, técnicos, económicos o culturales. Constituyó un fenómeno complejo, cuya comprensión exige el análisis de diferentes facetas.

Esta obra estudia algunas de las transformaciones que acompañaron al desarrollo urbano. Dentro de la vertiente demográfica del proceso, aborda cómo se produjo en España el crecimiento de la población urbana y los desequilibrios regionales que generó, así como la ocupación espacial y la composición social de una ciudad portuguesa a comienzos del periodo.

El crecimiento urbano implicó el de sus infraestructuras. Entre ellas, está la incorporación de las ciudades españolas a redes de comunicación de muy diverso tipo, para viajeros, mercancías e información. Se estudia también la gestión de residuos en Bilbao, el desarrollo del alumbrado público en Madrid y la gestión del espacio urbano, cuando se integró en el mercado vizcaíno de compraventas.

Históricamente la ciudad presenta también una dimensión política y social. Se analizan diversos aspectos, centrados en el primer tercio del siglo XX: las culturas políticas en Madrid durante este periodo; las transformaciones electorales y el desarrollo de la sociabilidad urbana, tal y como se produjeron en Bilbao durante la formación de la sociedad de masas; el desenvolvimiento de una marginalidad urbana representada por «los bajos fondos» madrileños; y la influencia electoral de la política municipal que la izquierda desarrolló en la capital durante la crisis de la Restauración



COMARES
editorial

